



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. III.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 23 de Julio de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

La Asuncion de la Virgen Maria, por el Conde de Fabraquer.—**¡Solo un Dios y solo un culto!** novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**La bandera**, poesia, por D. F. C.—**El palacio de Montsabrey**, novela.—**Seccion infantil**, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variedades**.

LA ASUNCION DE LA VIRGEN MARIA.

¿Cuál es esta que sube vencedora
Del seno de la nada
Á ilustrar las mansiones de la vida?
La plateada luna no es más bella
Entre el coro estrellado,
Ni el sol más puro en el cenit rosado,

Lista.

I.

El cuerpo virginal de María, ese cuerpo que durante nueve meses fué el tabernáculo del Verbo Encarnado, ¿debía sufrir la ley comun? ¿debía caer en la corrupcion, y ser presa de los gusanos? La Iglesia no lo ha creído así; ha instituido una festividad destinada á recordarnos la glorificacion de

aquel cuerpo inmediatamente que murió. Este es el misterio que celebramos bajo el nombre tan expresivo de la Asuncion. En él nos representamos aquel despojo mortal, que, despues de un sueño de corta duracion, vuelve á reanimarse, adquiere la impasibilidad y las demás prerogativas de la resurreccion, y es, por último, arrebatado *assumpto* por los espíritus bienaventurados que lo llevan al cielo.

Cierto es que en los antiguos martirologios la palabra *assumpcion* se ve empleada para designar la muerte de los justos. Y en efecto, por una interesante y piadosa metáfora, nos figuramos los ángeles que vienen á llevar aquellas almas predestinadas para introducirlas en la morada de la feliz inmortalidad. Empero para María se necesitaba algo más; debía gozar su cuerpo del mismo privilegio que su alma, y en lugar de aguardar, como el resto de los hombres, á la trompeta de los ángeles en el juicio final para levantarse á sacudir el polvo del sepulcro, el sueño de aquel cuerpo santísimo y tan puro, debía ser de una corti-

sima duracion. Este privilegio distingue la Asuncion de Maria de la Asuncion de los demás Santos.

No es fácil descubrir huellas de esta festividad antes del famoso concilio de Efeso, en que fué condenado Nestorio, porque negaba á Maria la cualidad de Madre de Dios. Es probable que esta solemnidad tomase allí justamente nacimiento, porque en Efeso, segun la tradicion más acreditada, fué donde la Santísima Virgen se retiró á casa del apóstol San Juan.

En el momento en que Jesucristo iba á exhalar el último suspiro, recogió cuanto le restaba de fuerzas vitales para hacer oír aquellas palabras que dirigió á su Santa Madre: «Mujer, hé ahí á tu hijo,» hablando de San Juan; y despues á aquel apóstol: «Hé ahí á tu madre.» El evangelista añade que inmediatamente despues, aquel apóstol llevó consigo á su casa á María. Muchos creen que fué en Efeso donde se verificó el glorioso misterio de la Asuncion de María, llevada por los ángeles en cuerpo y alma á los cielos; empero otros creen, con más fundamento, que esto se verificó en Jerusalem.

Sobre todas las regiones del mundo cristiano, la España se ha distinguido siempre por su culto á la Madre de Dios. En esta nacion se ha profesado siempre la creencia en la Asuncion del cuerpo y del alma de Maria al cielo. La antigua iglesia española en su rito, que fué en el octavo siglo, reemplazado por la liturgia romana, cantaba en aquellos tiempos, ya lejanos de nosotros: «Con justo título, ¡oh Virgen, Madre de Dios! os ha recibido vuestro Hijo en vuestra bienaventurada Asuncion; El, á quien tan castamente habeis recibido en el momento en que por una fe viva debiais concebirle en vuestro seno! ¡Os ha acogido á fin de que la fria piedra del sepulcro no aprisionase á la que jamás habia manchado ninguna corrupcion terrenal!» En otro sitio la misma Iglesia dice de María estas palabras no menos notables: «Digno es de alabanza ¡oh Dios! este dia en que la Virgen, Madre de Dios, no participó de la corrupcion del sepulcro, y no experimentó la corrupcion carnal.» ¡Magnífico testimonio de la antigüedad cristiana en favor del misterio de la Iglesia en la Asuncion de María! ¿Qué seria si nos fuese dado desarrollar los innumerables escritos de los Santos Padres, y sobre todo, el de San Bernardo, que tan doctamente ha exaltado las prerogativas de María?

En los países del Oriente, la Asuncion de la Virgen Santísima es una insigne festividad.

En la Etiopía, aquellos cristianos separados del centro de la unidad, infestados además del espíritu de la herejía, hablan de la Santa Virgen al hacer su profesion de fe antes de la Comunión. La Grecia cree en la Asuncion, y la celebra como una de sus más gratas festividades. En la España, en los tiempos de la edad media, en casi todas las iglesias se hacian representaciones de este gran misterio, colocando á una niña en un lecho, y figurando ante el pueblo el glorioso tránsito de María. Nosotros, siendo aun niños, hemos visto una festividad de esta especie, muy célebre en la provincia de Alicante, á que concurrían todos los pueblos inmediatos, la festividad de Elche: no sabemos si habrá ya desaparecido hoy esta ceremonia religiosa, que, si puede parecer extraña á los ojos de la moderna civilizacion, tiene por base la sencilla fe y el entusiasmo religioso de los pueblos.

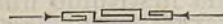
II.

Habian los apóstoles sembrado la palabra de Jesucristo por todo el mundo: la miés evangélica era abundante; y los obreros del Padre de familias trabajaban con ardor en la sagrada viña. Juzgó María, que se hallaba retirada en Efeso con el apóstol San Juan, que su mision sobre la tierra habia concluido, y que la Iglesia podia sostenerse ya con sus propias fuerzas. Un ángel del Señor habia anunciado á la futura Reina del cielo que su Hijo iba á llamarla al lado de su trono.

La hija de Abraham sentia renovarse poderosamente en su corazon el amor de la patria ausente: quiso volver á ver las altas montañas de la Judea, donde todo respiraba aun los recuerdos de la redencion, y morir á la vista del Calvario, donde habia muerto Jesus. San Juan, para quien sus menores deseos habian sido siempre órdenes, dispuso inmediatamente la vuelta á Palestina.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(Se concluirá.)



¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

D. Martin sacó algunas monedas y las entregó á los sepultureros, que se alejaron dándole gracias.

Cuando nadie podia oírle ya, el anciano dirigió una mirada á la tierra en que reposaba el cadáver, y exclamó solemnemente:

—Consuelo, Dios ha puesto á tu hija bajo mi amparo; Él haga, ¡ay! Él haga que sea más dichosa que lo has sido tú.

Después salió lentamente del cementerio y emprendió con la huerfanita el camino de su morada.

Asida de la mano de su protector, llegó Elena á las puertas de una casa de modesta apariencia, en la cual entraron ambos precedidos de una criada que habia salido á abrir.

—Prepara un lecho cerca de mi habitacion, Águeda, y dispon algun alimento para esta niña, dijo D. Martin, pero pronto, pronto.

Después, volviéndose á Elena, exclamó:

—Estarás desfallecida, ¿es verdad, hija mia?

—Oh! desde hace tres dias solo he comido pan, y eso porque tenia mucha hambre.

—Desgraciada!

—En casa no habia más.

El anciano enjugó una lágrima que rodaba por su mejilla.

—Ahora te servirán cuanto desees, murmuró.

—Oh! yo no quiero nada! nada! ¿qué he de querer si ya no tengo á mi madre?

La niña prorumpió en tristes sollozos; don Martin dejó salir de su pecho un ahogado gemido, y abrazándola y besándola con delirio exclamó:

—Tienes razon! una madre vale tanto! pero soy un insensato! yo no debo afligirte, yo no quiero que llores más! vamos, es preciso que te serenes! si enfermases, si ahora te perdiera tambien...! Tú no sabes, no puedes comprender mis palabras; pero he jurado hacerte dichosa y es fuerza que lo seas!

En aquel instante Águeda se presentó anunciando que la comida estaba en la mesa.

Elena y D. Martin se dirigieron al comedor.

El anciano no pudo acercarse á sus labios los manjares; el profundo pesar que se revelaba en su semblante se lo impedía sin duda; Elena, como niña al fin, comió, aunque de vez en cuando nublaba su pupila una gota de llanto.

Águeda les servia, mirando con curiosidad aquella criatura que al parecer interesaba tan-

to á su señor, y que, segun las órdenes que habia dado este, iba sin duda á quedarse en la casa, pero nada se atrevia á preguntar.

Terminado el almuerzo, D. Martin condujo á Elena al cuarto que la habian destinado, y la dijo con cariño:

—Ahora, hija mia, vas á descansar un momento. Dices que la noche anterior la has pasado á la puerta del hospital, y necesitas reposo: además has sufrido mucho, y el sueño es un calmante reparador.

Elena obedeció, y se dejó caer en el lecho. La pobre niña estaba en verdad falta de fuerzas.

—Ahora, dime ante todo dónde vivias cuando.....

La voz del anciano tembló y no pudo continuar.

—Nuestra casa está en la calle de San Eugenio, número 10, en la buhardilla segunda.

—¿Y allí ahora...?

—Allí no hay nadie.

—Y entonces la llave...?

—La tiene la portera; una mujer muy viejecita, que lloró mucho cuando se llevaron á mi madre.

—Está bien: á Dios, hija mia.

El anciano besó la frente de la huérfana, y salió de la habitacion.

Elena le vió dirigirse á la estancia inmediata, separada de la suya por una puerta vidriera, cubierta con una amplia cortina blanca.

D. Martin, cuando se halló solo se dejó caer en una silla, ocultó el rostro entre las manos, y se entregó á un profundo é intenso dolor.

—¡Pobre Consuelo! exclamó al fin! pobre Consuelo! Oh! quién diria que al cabo de tanto tiempo iba á encontrarla para verla morir sobre el lecho de un hospital, sola, pobre, abandonada del infame que... Oh! el villano la ha hecho pagar bien cara su culpa! la ha hecho expiar su delirio con creces!

El anciano calló por algun tiempo, presa de una violenta y dolorosa emocion.

—Vamos, dijo al fin; valor, corazon mio, valor! es preciso agotar esta copa amarga y cruel; es preciso ir allí, ir á la casa en que la infeliz ha habitado en sus últimos dias, y recoger cuanto la ha pertenecido como una dolorosa reliquia. Vamos, concluyamos: el dia ha sido terrible para mí.

D. Martin tomó su sombrero y abandonó la estancia bajando poco después las escaleras y encaminándose á la calle.

Cuando Elena, que no se habia dormido, oyó los pasos del anciano que se alejaba, saltó de su lecho y miró con temor por los cerrados cristales.

Ella desde el sitio en que se hallaba habia oido los sollozos de aquel hombre, pero sin comprender la causa de ellos.

Con la curiosidad propia de la infancia, y deseando ver cuanto la rodeaba, abrió lentamente la puerta y asomó su rubia cabeza sin hacer ruido alguno, y conteniendo casi el aliento.

Nadie habia allí que pudiese verla, y poco á poco fué perdiendo el miedo, y dando algunos pasos para entrar.

Aquel cuarto era el de D. Martin y estaba amueblado con suma sencillez: una cama cerrada por cortinas de percal oscuro, una mesa con algunos libros, varias sillas de paja y un gran armario de nogal formaban todo su adorno.

Elena fijó su vista en aquellos objetos sin que ninguno de ellos llamase su atencion.

Ya iba á volverse y á cerrar la puerta que le habia franqueado el paso, cuando su mirada descubrió en un extremo de la pared un gran cuadro, cubierto enteramente por un crespon negro, sugeto por sus extremos á la pared.

La niña le miró con extrañeza.

Aquel cuadro excitó su admiracion, y segura de que nadie la veia, saltó á una silla y levantó una punta de aquel velo.

Elena, al descubrirle, dió un agudo grito, exclamando á la par:

—¡Dios mio! mi madre!

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

LA BANDERA.

Dícele el veterano á su bandera:
«Hecha un giron estás, bandera mia!
pero aun así brillante y altanera,
flotando vas por la region vacía.

Te amo más que el avaro á su tesoro;
no hay otra como tú, vieja hermosura;
ayer engalanó tu lienzo el oro;
hoy con manchas te ves de sangre oscura.

Así te quiero yo, pobre bandera!...
¡Oh! tú das fuerza á mi cansada mano!
¡Oh! tú serás, mientras la suerte quiera,
la esposa del valiente veterano!...

Yo he dormido á tu sombra vencedora
como duerme un leon, ya satisfecho:
puesto al hombro el fusil me halló la aurora...
y á la voz del clarín latió mi pecho.

Firme y robusto como tronco erguido,
con los ojos en tí, me vió la guerra;

silbaba el plomo, el hierro enrojecido
cubria de cadáveres la tierra!...

¡Oh! tú no sabes bien, bandera mia,
lo que en momento tal pasó en mi alma!
henchido de valor, —«muerto (decía),
á falta de laurel hallaré calma!»

Y vencí .. como siempre! —El enemigo
huyó cubierto de menguado espanto;
la selva, en sus entrañas, le dió abrigo;
la noche densa lo envolvió en su manto...

¡Oh! recuerdo inmortal! aquí conmigo
dentro del corazon!... aquí te quiero!
tú, tú serás de mi lealtad testigo,
de mis glorias futuras compañero.

Ese son!... otra vez! —La trompa fiera
torna á llamar la gente á la batalla...
¡Oh, á la lid! á la lid! —Ven, mi bandera,
á triunfar de la bomba y la metralla!

Nada es bastante á contener mi brio;
yo no sé qué es temor; busco la gloria;
ella hace un trono del sepulcro frio;
trueca el ciprés en palma de victoria.

¡Rompa los vientos el cañon sonoro!
la gloria en esos campos nos espera!...
Vale un manto de rey, un cetro de oro,
el más pobre giron de mi bandera.

F. C.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

NOVELA.

1.

En 1845 habia en París un jóven pintor llamado Federico Lambert. Vivía pobre, pero contento, en uno de esos barrios silenciosos en donde los artistas suelen establecer su modesta morada. Tenia veinte y cinco años, talento, un corazon magnánimo, y lo que era muy raro, más ingenio y habilidad de lo que él mismo creía. Su figura, sin ser hermosa, era agradable: no se le podía ver sin amarle, y sin sentir una dulce inclinacion hácia él. Afectuoso y bueno, se regocijaba sinceramente con los triunfos de sus amigos: modesto y confiado en el porvenir, aunque todavía no estaba encargado del ornato de capillas, ni de pintar batallas para el museo de Versalles, no se quejaba de la injusticia de sus contemporáneos, ni se conceptuaba despreciado. El trabajo llenaba todos los momentos de su vida: algunos de

sus retratos habian llamado la atencion, y ese fué su punto de partida para la felicidad que merecia y que consiguió más adelante.

Su madre y su hermana vivian en el centro de la provincia con un corto patrimonio, al cual agregaba él la mayor parte de sus ahorros. Sabia que su hermana debia contraer matrimonio, el otoño inmediato, con un joven trabajador y pobre como ella, á quien amaba ya hacia algunos años, y resolvió formarla un dote que la permitiese entrar en su nuevo estado sin inquietud ni temores para en lo sucesivo. Además, pensaba largo tiempo hacia en recorrer la Francia con el saquillo á la espalda, viaje en que su paleta le proporcionaria para satisfacer los gastos, deteniéndose en los sitios que más le gustasen, dirigiéndose de una á otra poblacion, y ofreciendo su pincel á las personas dominadas de la noble ambicion de transmitir sus facciones á la más remota posteridad. Partió, pues, una hermosa mañana de Abril, con ligera planta y corazon alegre.

En la manera de llevar la cabeza al tiempo de marchar se conocia que disfrutaba todas las ventajas de su edad, y se adivinaba que para ser feliz, le bastaba existir. Al cabo de algunos meses habia formado una buena pacotilla; la Providencia parecia bendecir la dulce y piadosa tarea que se habia impuesto. Presentábanse en grande número los modelos, y su buen aspecto y su talento le abrian todas las puertas. La Turena, el Poitú y el Limosin le pagaban tributo, é hidalgos y plebeyos se disputaban el honor de que los retratase. No le asustaban las caras más extrañas, porque pensaba en su hermana que iba á enriquecer, y mientras reproducia en el lienzo algun mascarón iluminado, alguna cara sin expresion, veia un rostro fresco y juvenil que le daba las gracias sonriéndose. Merced á la excelencia de la imitacion, se atraia todos los votos. En cuanto concluia un retrato en una quinta ó casa de campo, le sometia sin temor al fallo de los individuos de la familia y de los criados, y era tan asombrosa la semejanza, que hasta la jovencilla que guardaba los pavos, hasta el ayuda de cámara del señor baron, todos quedaban extasiados. Habia más: salpicaba su conversacion con tantas agudezas, y era tal su afluencia y atractivo, que sus patrones se resignaban con suma dificultad á dejarle marchar. Al escucharle la dueña de la casa olvidaba la lectura del folletin del periódico, el capellan se distraia en el whist, y el señor baron declaraba al preceptor de su hijo, que despues de los nobles, los artistas eran los únicos que en Francia tenian talento. En fin,

cuando sordo á las reiteradas instancias, Federico se decidia á abandonar el puesto, su sombrero blanco con ala ancha, su chaqueton y pantalon de pana, su corbata anudada negligentemente, el cuello de su camisa doblado y el saquillo militar que con tanta soltura como gracia llevaba á la espalda, que contenia, entre otras cosas, la caja de los colores, y del que pendian el paraguas y la silla de tijera, excitaban un sentimiento muy parecido al de la admiracion; amos y criados se asomaban á los balcones, y le seguian con la vista hasta que le ocultaban los recodos que formaba el sendero. En una palabra, especuló tan perfectamente con la vanidad, que á fines de Agosto su cinto se habia redondeado, y creyó cumplido su proyecto.

En los primeros dias de Setiembre llegó á casa de su madre.

—Extiende tu delantal, dijo á su hermana, que se abrazaba á su cuello: y tomando su cinto lleno de oro, le vació en el delantal de la hermosa joven, que estaba casi enagenada de júbilo. Algunos millares de escudos, que para una joven criada en la opulencia apenas bastan para comprar un canastillo de boda, representan, para una pobre de provincia, los más santos goces de la familia. Despues de asistir al matrimonio de su hermana, de cuidar mucho á su madre y de establecer de un modo decoroso á los nuevos esposos, Federico partió colmado de bendiciones, llevando en su corazon la tierna y consoladora imágen de la felicidad á que habia contribuido. Además de la melancolía de la despedida, aquel momento no estuvo exento de amargura. Al comparar la alegría que habia disfrutado con la soledad que le aguardaba en París, no pudo eximirse de un sentimiento de tristeza. La ventura de su hermana era su más dulce recompensa; y sin embargo, la conciencia de haber cumplido un deber, no le impedia el pensar en sí mismo: dejaba detrás de sí un cariño mútuo, esperanzas comunes, é iba á volver á emprender el aislamiento, un trabajo que no amenizaria ninguna sonrisa.

Aquella emocion no resistió á los encantos del camino; la estacion era todavía muy buena, y para volver á París Federico tenia que atravesar una de las comarcas más pintorescas de la Francia. Apenas puso el pié en la antigua provincia de la Marche, quedó sorprendido del carácter silencioso y poético del paisaje que se desarrollaba ante su vista. En ninguna parte habia encontrado un rio tan cristalino, tan frescos valles, ni horizontes tan variados. Los bosques y collados estaban adornados con

toda la magnificencia del otoño: gorjeaban las avecillas, y la aguzanieve ó nevadilla se balanceaba á la orilla de los pequeños lagos que estaban como perdidos en medio de las aliagas. Federico no quiso separarse de aquel rincón de tierra, sin llevar en su cartera un recuerdo vivo de las agrestes bellezas que se presentaban á sus ojos. Caminaba al acaso, dibujaba todo el día, y por la noche se detenía en una granja ó en la posada de alguna aldea: por donde quiera su juventud y su gracia le proporcionaban la más benévola acogida. Apasionado del arte y de la naturaleza, encontraba en aquella existencia errante y solitaria un encanto que todos los corazones jóvenes comprenderán fácilmente, y que tal vez envidiarán.

Una mañana, seducido por la frescura de un sendero rodeado de acabos y alheñas, se apartó del camino real y se internó mucho en las tierras. Á la edad de 20 años nada hay tan grato como el andar de ese modo sin saber á dónde se va. A cosa del medio día se había desayunado en una alquería con una jarra de leche caliente, y al ponerse el sol entraba hambriento en la aldea de San Mauricio. Situada en el fondo de un estrecho valle, y rodeada de bosques y montañas, esa aldea es una de las más deliciosas que bañan las aguas del Creuse; pero Federico en aquel momento no se cuidaba en verdad de la riqueza del paisaje. Al desembocar en la plaza de la iglesia, vió balanceada suavemente sobre una puerta, por la brisa de la tarde, una plancha de hierro ú hoja de lata, en la que había pintado con color amarillo un volátil, que habría introducido la confusión en la ornithología, si el autor de tan linda obra, para no dejar duda de sus intenciones, no hubiese tenido cuidado de escribir debajo de ella estas palabras: *Á la Águila de Oro*.

La vista de aquella muestra causó en aquel instante más gozo á nuestro héroe que si hubiese sido un cuadro de Gleyre. No podía vacilar en la elección, porque el *Águila de Oro* era la única posada de la aldea. Á pesar de lo enfático de su título, no era posible que pasase por un palacio; mas sin embargo se observaba en ella limpieza y buen orden. Apenas entró Federico, cuando por efecto sin duda de la dichosa y risueña juventud, que todo lo atrae en derredor suyo, la huésped y sus dos hijas se apresuraron á saludarle. Quizá también por la elegancia de su talle, la finura de sus manos y la blancura de su cuello, que el sol y el aire no habían podido alterar, comprendieron que no era un viajero ordinario, ni un vendedor de estampas y rosarios. Mientras una de las jóvenes le ayudaba á desembarazarse de su saqui-

llo, y la otra ponía el mantel y el cubierto, la madre atendía á todo, rompía los huevos, echaba lumbré en la hornilla y pelaba una gallina. Federico se sentó á la mesa, comió con apetito, y todo le pareció exquisito, con grande satisfacción de las tres mujeres, que estaban contentísimas al ver las buenas disposiciones de tan hermoso joven.

(Se continuará.)

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

EL VELO BLANCO.

(Continuacion.)

— ¡Oh! yo no sé! ¿puede una niña tan poco!

— Sin embargo, es forzoso que respondas.

— Pues bien, yo confesaré todas mis faltas, me arrepentiré de ellas, ofreciendo ser en adelante muy buena, y amaré mucho á Dios que tanto me ama también.

— Eso es lo primero, sí. Mas para hacer esa confesion se necesitan muchas cosas. ¿Las sabes tú?

— ¡Oh! sí.

— Dímelas, pues.

— Lo primero es examinar nuestra conciencia, y recordar una por una todas las faltas que manchan nuestra alma, afeándola con una culpa; lo segundo...

— No prosigas, Luisita.

— ¿Por qué?

— Porque quiero, ángel mio, explicarte el modo de hacer este exámen, que como dices muy bien, es lo primero que se debe practicar.

I.

Dios, que anhelaba la salvacion del hombre que iba á redimir con su sangre, quiso marcarle la senda que debia seguir para llegar hasta el cielo, y le dió una ley sencilla, fácil y segura, cuando apareció grande y potente en el alto Sinaí.

Esa ley, significada en diez mandamientos, encierra todos los preceptos, todos los deberes, todas las virtudes que el cristiano debe cumplir, si quiere seguir rectamente el estrecho camino del cielo.

Tú sabes ese santo decálogo; yo te lo he explicado otras veces; sin embargo, al ir á leer en el libro de tu conciencia para examinar tus faltas, eso es lo primero en que debes recordar. Despues, Luisa mia, es preciso que te retires donde tranquila y libremente puedas dedi-

carte á hablar un instante contigo misma, sin que en nada puedan turbar tu pensamiento las vanas frivolidades de la vida.

—¿Yo sola?

—Sí, porque como á nadie has de decir tus culpas, como este es un eterno secreto entre el ministro del Señor y tú, como además las has cometido tú misma, ocultándote siempre de que otro te vea, como en la conciencia solo puede penetrar la mirada de Dios, nadie debe, hija mia, prestarte ayuda en esta santa tarea.

—Pero, ¿podré hacerlo muy pronto, es verdad? si no, me cansaría de estar así retirada.

—La salvacion de nuestra alma, que es inmortal, debe interesarnos más que todos los cuidados de la vida, que es frágil y perecedera. Sin embargo, ¡tú que sabes que para la eleccion de un traje, para los preparativos de una diversion, para una cosa cualquiera, sin interés ni trascendencia, se piensa y se reflexiona antes, ¡vas á preguntarme si deberás dedicar á tan alto fin algunos minutos más ó menos!

—¡Oh! es verdad! perdone V., no habia reflexionado en ello!

—Sigamos, hija mia! Al verte sola, pues, elevas tu mente á Dios, y con una breve plegaria le ruegas que dé luz á tu pensamiento para distinguir con claridad el bien y el mal en que empleas tu vida; y no temas engañarte, Luisa mia, porque una voz en el fondo de tu conciencia te dirá siempre la verdad.

Despues vas repitiendo los mandamientos de Dios, uno por uno, y recordando á cuál de ellos has faltado.

—Yo creo que no podré.

—¿Cómo! ¿por qué?

—Porque se me olvidarán muchas cosas.

—Hay un medio muy fácil de que eso no suceda.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Todas las noches, despues de rezar al ángel de tu guarda y á la Santa Virgen, amparo de los niños, repasa en tu memoria las horas del pasado dia.

—¿Y bien?

—Piensa lo malo que has hecho en ellas y ponlo en un lado de tu memoria, del mismo modo que al tomar en tu mano un ramo de flores irias separando las marchitas y deshojadas de las aromadas y frescas.

—Bien, eso lo comprendo fácilmente.

—Las buenas acciones, las virtudes se las presentas á Dios, puesto que á Él se las debes y por Él las has hecho; y las malas, los pecados, los conservas en la memoria para

cuando llegue la hora de confesarlos y de alejarlos enteramente de tu alma. Así, dia por dia va amontonando el jardinero las hojas secas y caídas en tu jardin, para luego arrojarlas y dejarle hermoso, encantador y perfumado.

—Sí, eso es: y así, recordando lo malo que hago todas las noches, lo tendré presente fácilmente, cuando vaya á examinar mi conciencia para hacer la confesion.

—Otra ventaja hallarás en esto, Luisita.

—¿Otra ventaja?

—Y tan grande, que ella te conducirá suavemente á la senda de la perfeccion.

—Ya deseo saberla.

—Óyela, pues. Contemplando cada noche tu conciencia en el espejo de tu pensamiento, sabrás, hija mia, si te corriges de tus faltas ó te abismas más en ellas. Por ejemplo, si ayer faltaste á la verdad dos veces, y hoy una sola, te has enmendado de este vicio, y eres más buena y menos mentirosa, por lo cual debes estar satisfecha y dar gracias al Señor. Si por el contrario, ayer faltaste una vez al respeto de algun anciano ó de tus padres por desgracia, y hoy has faltado dos, entonces, hija mia, has retrocedido en el buen camino, y debes affigirte y proponerte remediarlo.

—¡Oh! yo desde hoy lo haré de ese modo todos los dias de mi vida.

—Esa es la práctica más sencilla y más necesaria para un cristiano.

II.

El primero de los mandamientos es *amar á Dios sobre todas las cosas*; ¿le amas tú así, hija mia?

—Yo... sí; le quiero mucho, cuanto puedo quererle, pero, ¿como no le veo!

—El amor que debemos profesar á Dios, no se parece en nada al que nos inspiran las demás criaturas. Es un amor puramente del alma! amar á Dios es desear hacer su voluntad, es no ofenderle nunca, es cumplir sus preceptos, es huir del mal, es amarle en nuestros padres, en nuestros mayores, en nuestros hermanos, y sobre todo en los necesitados! Si con una palabra ó con un pensamiento ofendes á los que te han dado la vida, no amas á Dios. Si cuando el infeliz mendigo llega á tu puerta en demanda de una limosna, le respondes con altivez ó desvío, si gozando tú de lo supérfluo no le das á él algo de lo necesario, si no eres caritativa, en fin, no amas á Dios. Si eres orgullosa y no humilde, vanidosa y no modesta, voluntariosa y no obediente, entonces, hija mia, entonces no amas á Dios y faltas á los

deberes que te impone el primero de sus mandamientos.

—Yo ignoraba todo eso! Ahora que ya lo sé, dígame V. cómo comprenderé si le he ofendido en los demás.

—Te hablaré en general de todos, y más que nada de tus deberes de niña, de tus deberes de hija, los más sencillos de cumplir, pero también los más precisos, puesto que de ellos depende nuestro porvenir.

No debes nunca ni por nada del mundo profanar el nombre de Dios con un juramento falso, irreverente, innecesario, ni pronunciarle jamás sino con respeto, veneración y gratitud: para santificar las fiestas es preciso no solo que concurras al templo, sino que lo hagas pensando que Dios está allí, que te ve, que oye, que adivina tus pensamientos; que todos los santos, que todos los ángeles cuyas imágenes rodean su santuario, te miran á través de aquellos ojos de cristal, tienen fija su atención en tí, porque son perennes centinelas que velan por el decoro de la santa casa de Dios.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

LA FLOR DE NIEVE.

Descubierta en 1863 por un botánico ruso—el conde Anthoskoff,—la flor de nieve solo se encuentra en los límites setentrionales de la Siberia, donde la tierra conserva eternamente su manto de hielo. Brota de la nieve el primer día del año, crece el tallo hasta la altura de un metro; al tercer día se desarrolla la flor, que permanece abierta hasta las 24 horas y se vuelve á su elemento positivo. Brilla un día y apenas terminado este, tallo, hojas y flor se convierten en nieve. El tronco tiene poco más de dos centímetros de diámetro. Las hojas, en número de tres, de siete centímetros de largo y cubiertas de conos de hielo microscópicos, se desarrollan siempre vueltas hacia el Norte, en cuya dirección se inclina también el tallo. La flor apenas se desarrolla toma la forma de una estrella. Los pétalos, del mismo largo que las hojas, se entrelazan de tal manera que presentan el más delicado tejido de hielo que es dado admirar al hombre; son cinco, y en sus extremidades se ven brillar al tercer día diminutos diamantes de nieve, como cabecitas de alfileres, los cuales son la semilla de esta prodigiosa flor. Imagínese cuál sería el contento del ilustre botánico que, en su larga existencia de investigador de plantas, no había visto nunca ninguna tan hermosa. «Al estado de asombro en que quedé—dice el mismo—sucedió la más viva alegría cuando ví por vez primera esta maravilla de la naturaleza, sorprendente, surgiendo en la superficie del desierto helado y compuesta con los mismos átomos de su cuna. Una de estas plantas que toqué inadvertido, se deshizo inmediatamente, quedando reducida á un montoncito de

nieve.» Gracias á las más minuciosas precauciones, Anthoskoff consiguió recoger algunos granos diamantinos, y corrió á San Petersburgo, llevando en su poder lo que justamente consideraba como la coronación de su vida de sabio. Depositada en un lecho de nieves permaneció la semilla durante un año, alimentada, por decirlo así, por la vehemente esperanza del gozoso botánico, y el 1.º de Enero de 1864, la flor de nieve rompió la cubierta de hielo en presencia de la familia imperial y de toda la corte maravillada. Este hecho valió al botánico Anthoskoff el título de conde.

Hace días un labrador de Betz (Alsacia), al pasar junto á un campo de trigo que había comprado, creyó oír un ruido ronco y extraño que parecía salir de debajo de la tierra.

Inclinóse y aplicó el oído al suelo, pero el ruido había cesado. Marchó al pueblo y avisó á los vecinos, y acompañado de algunos de estos, volvió al mismo sitio aquella noche.

Un minuto después de su llegada volvió á oírse el mismo ruido ronco y quejumbroso á la vez. Los asistentes se miraron unos á otros á la claridad de la luna, sintiendo impulsos de echar á correr cada cual por su lado.

Sin embargo, á excitación de uno de ellos, un viejo soldado llamado Jacobo Levieux, se decidió á explorar la tierra con instrumentos que había traído al efecto.

Al primer golpe de azadon cesó el ruido. Continuó cavando y cinco minutos después y á la profundidad de medio pié, apareció un ataúd cubierto de humedad y cuya vista hizo retroceder á los circunstantes llenos de espanto. El ruido salía del ataúd.

—Vamos, dijo Levieux, la ocasión no es para andarse en rodeos.

Y de tres golpes hizo saltar la tapa del ataúd, descubriendo un cadáver en completo estado de descomposición.

En aquel momento volvió á oírse el mismo ruido, y las ropas del cadáver se agitaron.

Algunos de los asistentes se sintieron indispuestos: pero el viejo soldado, aunque sudando la gota gorda, levantó resueltamente el lienzo que cubría al difunto.

Sobre el pecho de este había un sapo, que al ver la luz huyó á esconderse en el fondo del ataúd.

Entonces se explicó todo. Con la extraordinaria resistencia propia de estos animales que permanecen años enteros en el centro de una roca, sin comer ni beber, el sapo había vivido dentro del féretro desde el momento de ser enterrado éste.

Dado aviso á la autoridad, se procedió á hacer averiguaciones, resultando que el cadáver tenía el cráneo roto á martillazos. Tratábase, pues, de un asesinato.

La víctima es una mujer llamada Margarita Spantz, y las sospechas del crimen recaen sobre un individuo que ha desaparecido del país, hombre de mala fama, que unas veces trabajaba en el campo y otras se dedicaba á pescar ranas. Es de presumir que el sapo recogido por equivocación con la pesca del día, saltó al ataúd mientras el asesino depositaba en él su víctima, bien ajeno que con ella encerraba al que había de delatarle.

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO,
Plaza de Ayuntamiento, 15.